

NOTA DE PROSPECTIVA N° 57/2019

AUTOR: JORGE TAMAMES,
analista internacional, jefe de redacción en Política Exterior
y doctorando en University College Dublin

**ASUNTO: INERCIA Y BANDAZOS. LA ACCIÓN
EXTERIOR DE EEUU EN ORIENTE PRÓXIMO**

Panel: Oriente Próximo y Norte de África

<http://www.fundacionalternativas.org/observatorio-de-politica-exterior-opex/documentos/notas-prospectivas>

Director de OPEX: Diego López Garrido

Coordinadora del Panel: Itxaso Domínguez de Olazábal

ISSN: 2341-1082

Edición: Mateo Peyrouzet García-Siñeriz y Júlía Mulà Olmos

Maquetación: Paula Carretero Oya

RESUMEN

Los vectores actuales de la política exterior estadounidense generan una acción exterior incoherente, que alimenta la inestabilidad de la región. Parece poco probable que Donald Trump inicie conflictos unilaterales en Oriente Próximo a un año de las elecciones presidenciales. La descoordinación de su administración, criticada como síntoma de que EEUU cede su liderazgo global, ha servido para evitar desenlaces más destructivos.

Desde la llegada al poder de Donald Trump en enero de 2017, la política exterior de Estados Unidos se ve modulada por tres variables fundamentales. La primera es la inercia propia del aparato de política exterior estadounidense –diplomático y especialmente militar–, que continúa determinando la posición de Washington en varios frentes. La segunda, que en cierta medida empuja en dirección contraria, son los bandazos del inquilino de la Casa Blanca, propenso a exabruptos y cambios de opinión súbitos. En tercer lugar, están los sucesivos equipos que asesoran a Trump, al ser su administración propensa al relevo de personal y contar con un presidente fácil de influenciar.

En Oriente Próximo y el Norte de África, estos tres vectores se superponen de manera caótica. El resultado es una acción exterior incoherente, que alimenta la inestabilidad en una región que ya encaraba enormes retos políticos y económicos, derivados tanto de decisiones anteriores en la política exterior de las potencias que intervienen en Oriente Próximo como de la propia falta de legitimidad de los gobiernos regionales, acuciados por el autoritarismo y la corrupción. Pese a ello, es posible distinguir un elemento definitorio en la aproximación actual de EEUU a la región: su alineación con el eje Israel-Arabia Saudí-Emiratos Árabes Unidos (EAU) y los compromisos que ello comporta, desde el ninguneo de los derechos del pueblo palestino a la creciente hostilidad frente a Irán, pasando por la aquiescencia ante la intervención saudí en Yemen y el hostigamiento al que ha sido sometido Catar por el Consejo de Cooperación del Golfo (CCG).

Esta alineación, más explícita que la de la administración anterior, convive con un claro continuismo en otros frentes. Es el caso de las operaciones antiterroristas en el Sahel y el Cuerno de África, así como la degradación de las relaciones con Turquía y la situación en Irak. En Siria, donde la guerra civil en curso desde hace más de ocho años parecía llegar a su fin, la administración ha seguido los bandazos erráticos de Trump. El resultado ha sido una posición confusa y dubitativa –similar, en ese sentido, a la que adoptó Barack Obama–.

Hasta la fecha, ninguno de estos movimientos se ha traducido en una escalada de hostilidades frente a Irán, el régimen de Bachar el Asad, o incluso las tropas rusas desplegadas en Siria. Sin embargo, esta reorientación parcial pero brusca de la política exterior estadounidense en favor de los intereses saudíes se desarrolla en un contexto internacional inestable. Las normas internacionales de contención y prevención que operaban en el pasado se ven crecientemente erosionadas;¹ el actual liderazgo estadounidense, con tendencia a abordar crisis internacionales desde la cuenta de Twitter personal de Trump, refuerza esta tendencia. El resultado es una coyuntura con ramificaciones difíciles de prever. En la actualidad, el principal catalizador de esta

¹ Dimitri Trenin, "Strategic Stability in the Changing World", *Carnegie Moscow Center* (2019). Disponible en: <https://carnegie.ru/2019/03/21/strategic-stability-in-changing-world-pub-78650>

tensión es la República Islámica de Irán, sometida a una creciente presión económica, diplomática y militar.

Inercia

Tanto en Europa como en Estados Unidos existe una tendencia a analizar la administración Trump como si fuese una aberración puntual, una quiebra en el funcionamiento del llamado orden liberal internacional. Aunque la actual administración introduce elementos novedosos en la política exterior estadounidense, gran parte de sus acciones se entienden mejor desde el continuismo que desde la ruptura. La acción exterior estadounidense, que se ve modulada por el funcionamiento de sus servicios diplomáticos y fuerzas armadas, no es ninguna excepción. En lo que respecta a los servicios de seguridad no se trata exclusivamente del Pentágono, sino de un entramado de agencias de inteligencia, lobbies armamentísticos o extranjeros y alianzas internacionales, así como una infraestructura para la proyección de fuerza global que genera su propia inercia. Pese a su retórica aislacionista, Trump en ningún momento ha mostrado la capacidad ni voluntad de enmendar los condicionantes estructurales de la política exterior estadounidense, que empujan al país a intervenir de manera recurrente más allá de sus fronteras. Así, su acción exterior con frecuencia sigue la senda marcada por sus predecesores. En Oriente Próximo, los ejemplos más claros son la

región del Sahel y el Cuerno de África, las relaciones con Turquía y la guerra de Yemen.

En octubre de 2017, la muerte de cuatro soldados estadounidenses de operaciones especiales en Níger puso de relieve dos aspectos fundamentales de la acción exterior de EEUU. El primero es que sigue a rebufo de las presidencias anteriores, que buscaron ampliar la presencia militar estadounidense en la región del Sahel². El salto cualitativo llegó con la presidencia de Obama, que apostó por las operaciones especiales encubiertas como modelo para sustituir las intervenciones aparatosas del pasado, particularmente en Afganistán, Irak y Yemen, donde el intervencionismo estadounidense contra Al Qaeda en la Península arábiga precedió ampliamente al saudí contra los huzíes.³ Una estrategia implementada en el conjunto del continente africano,⁴ con especial énfasis en el Sahel y el Cuerno de África –dos regiones en las que Estados con una capacidad muy mermada o directamente fallidos, como Libia⁵ y Somalia, se enfrentan a grupos armados que operan

² Fundación Alternativas, *Informe África 2019: Dinámicas transfronterizas en un contexto globalizado* (Fundación Alternativas, 2019) Disponible en: <https://www.fundacionalternativas.org/las-publicaciones/informes/informe-africa-2019-dinamicas-transfronterizas-en-un-contexto-globalizado>

³ Jorge Tamames, "De drones y democracia", *Política Exterior*, 21 de octubre de 2015. Disponible en: <http://www.politicaexterior.com/actualidad/de-drones-y-democracia/>

⁴ Jorge Tamames, "El Pentágono en África", *Política Exterior*, 8 de noviembre de 2017, Disponible en: <https://www.politicaexterior.com/actualidad/el-pentagono-en-africa/>

⁵ Barah Mikail, "Superar la inseguridad en Libia", *Fundación Alternativas-Memorando OPEX* nº242 (2019) Disponible en: <https://www.fundacionalternativas.org/observatorio-de-politica-exterior-opex/documentos/memorandos/superar-la-inseguridad-en-libia>

a través de fronteras porosas-. El segundo tiene que ver con el escaso interés que estas intervenciones generan en la opinión pública estadounidense, tanto por ser relativamente discretas como por desarrollarse bajo una presidencia cuya capacidad para generar escándalos es proporcional a la que tiene para ignorar su impacto.

La continuidad también ha sido la norma en las relaciones entre EEUU y Turquía. Trump ha pronunciado algunos de sus exabruptos más descarnados en Twitter como respuesta a las decisiones de Ankara, y la decisión turca de comprar sistemas antimisiles S-400 rusos ha llevado a que EEUU suspenda la venta de su nueva generación de cazas, los F-35, en cuyo desarrollo Turquía participó activamente. Pero el empeoramiento de las relaciones entre ambos países es palpable desde hace décadas⁶. Durante las llamadas primaveras árabes, la administración de Obama intentó presentar a Recep Tayyip Erdogan como un modelo regional a emular, pero no consideró que su imprimátur se viese recompensado por un socio con tendencia a actuar por libre en la guerra civil siria y otros frentes. Otras fuentes de fricción entre ambos países –como los intentos de Ankara de extraditar al clérigo Fetullah Gülen, al que responsabiliza del golpe de Estado fallido de 2016, o el propio carácter de los presidentes de ambos países– introducen motivos de frustración en la relación. El último desencuentro concierne a la

⁶ Eduard Soler i Lecha, "EU-Turkey relations: Mapping landmines and exploring alternative pathways" *FEPS Policy Paper* (2019). Disponible en: https://www.feps-europe.eu/downloads/publications/feps_eu_turkey_relations_soler.pdf

hostilidad turca frente a las Unidades de Protección Popular kurdas (YPG) que operan en el noreste de Siria, donde resultaron claves para frenar el avance del autodenominado Estado Islámico, en coordinación con la fuerza aérea estadounidense. En este caso, el choque se ha resuelto con un nuevo abandono de EEUU a los kurdos –defendido en este caso por Trump, pero ampliamente criticado por la comunidad de defensa y política exterior en Washington– y el inicio de una intervención militar turca en la región controlada por las YPG, donde supuestamente pretende establecer una franja fronteriza de 30 kilómetros a la que trasladar a refugiados sirios en una clara operación de ingeniería demográfica. En última instancia, el problema es estructural, pero la alianza es ineludible. Las diferencias entre Ankara y Washington, más fáciles de disimular durante la guerra fría, han resurgido con fuerza en las últimas décadas. La presidencia de Trump se inscribe dentro de la deriva gradual de una alianza [hacia una relación antagónica](#).

En el caso de Yemen⁷, la aquiescencia estadounidense con la intervención saudí de 2015, causante de una catástrofe humanitaria –en torno a 100.000 muertos y casi cuatro millones

⁷ Leyla Hamad Zahonero, “La situación en Yemén y la respuesta europea al conflicto”, *Fundación Alternativas – Memorando OPEX*, nº 236 (2018) Disponible en: <https://www.fundacionalternativas.org/observatorio-de-politica-exterior-opex/documentos/memorandos/la-situacion-en-yemen-y-la-respuesta-europea-al-conflicto>

de personas desplazadas⁸ podría entenderse como parte del reaceramiento de Trump a Arabia Saudí. Así parece atestiguarlo el silencio deliberado que mantiene la administración respecto a los abusos de la coalición (debilitada tras la retirada de EAU, en julio de 2019, de su operación militar en el puerto yemení de Hodeida). En verdad, la operación saudí se inició durante la anterior presidencia estadounidense y contó con la aceptación tácita de Obama, que la interpretó como necesaria para evitar una mayor oposición de Riad al acuerdo nuclear alcanzado con Irán en 2015. En este ámbito, como en los anteriores, las acciones de EEUU se caracterizan antes por la continuidad que por los cambios.

Equipos y bandazos

Los otros dos factores que modulan la acción exterior estadounidense pueden entenderse como uno solo: la volubilidad de Trump y el carácter desorganizado de su presidencia. Esta disposición hace de su administración, en la que los altos cargos rotan con celeridad, un terreno de disputa para diferentes visiones de la acción exterior estadounidense. Uno de los casos más claros de este ir y venir ha sido el de Siria: de defender una posición anti-

⁸ "Yemen", *UNHCR Operational Update* (UN High Commissioner for Refugees, 2019). Disponible en: <https://reliefweb.int/report/yemen/yemen-unhcr-operational-update-11-january-2019>

Rod Austin, "Human cost of Yemen war laid bare as the death toll nears 100.000", *The Guardian*, 20 de junio de 2019. Disponible en: <https://www.theguardian.com/global-development/2019/jun/20/human-cost-of-yemen-war-laid-bare-as-civilian-death-toll-put-at-100000>

intervencionista en campaña, a bombardear posiciones del régimen de El Asad en abril de 2017,⁹ pasando por la decisión – después matizada¹⁰ de retirar su presencia militar en el país – en beneficio de las de Turquía y Rusia, y en detrimento de las YPG–, la política de EEUU ante la guerra civil siria se ha caracterizado por una constante inconsistencia. También el predecesor de Trump fue acusado de indecisión ante la guerra civil siria, especialmente tras su inacción ante el traspaso de las llamadas ‘líneas rojas’ (la prohibición de que el régimen sirio emplease armamento químico) en septiembre de 2013. Aunque Obama también terminó por adoptar una postura poco intervencionista para los estándares de un presidente estadounidense –especialmente tras el fracaso de la intervención libia en 2011–, su posición siempre fue más nítida que la de Trump: evitar grandes despliegues de tropas estadounidenses en Oriente Próximo, pero incrementar el empleo de drones y operaciones especiales con escaso escrutinio público.

Trump ganó las elecciones con un discurso anti-intervencionista, que sus bases y también gran parte de la opinión pública estadounidense comparten. Pero no accedió al poder con un plan claro sobre cómo desarrollar una política exterior consecuente. A ello se añade una hostilidad instintiva hacia cualquier logro

⁹ Jorge Tamames, “Trump, Siria y la clase de natación” en *Política Exterior*, 8 de abril de 2017. Disponible en:

<https://www.politicaexterior.com/actualidad/trump-siria-y-la-clase-de-natacion/>

¹⁰ Mark Landler y Helene Cooper, “In Latest Shift, Trump Agrees to Leave 400 Troops in Syria”, *The New York Times*, 22 de febrero de 2019. Disponible en:

<https://www.nytimes.com/2019/02/22/world/middleeast/trump-troops-syria-.html>

obtenido por su predecesor, que le arrastra a posiciones agresivas al intentar sabotear acuerdos multilaterales como el Plan de Acción Integral Conjunto (JCPoA por sus siglas en inglés) con Irán. Su círculo de confianza más inmediato, el familiar, también se ha revelado profundamente limitado en este frente, como muestra la designación del yerno presidencial, Jared Kushner, como representante de EEUU en el conflicto entre Israel y Palestina (puesto que ya no ocupa oficialmente, pero que al parecer sigue manejando en la sombra).

Así las cosas, la capacidad de influir sobre el presidente ha terminado por recaer sobre los actores mejor posicionados a nivel estructural: lobbies extranjeros y domésticos con fuerte capacidad de influencia, además del ya citado estamento militar. En el caso de los primeros, el principal éxito ha recaído sobre Arabia Saudí, EAU –con despliegues incipientes pero ambiciosos de *soft power*– e Israel, aún a la cabeza de influencia en Washington gracias tanto a la influencia de lobbies como AIPAC, como a la sintonía personal entre Trump y el primer ministro israelí, Benjamin Netanyahu, que ha explicitado su afinidad por el presidente estadounidense en numerosas ocasiones¹¹. Esta sintonía se ve ampliada por el hecho de que comparten un estilo de gobernanza similar: un populismo autoritario, en la expresión de Stuart Hall, que también ha llevado

¹¹“Donald Trump’s new world order”, The *New Yorker*, 6 de junio de 2018. Disponible en: <https://www.newyorker.com/magazine/2018/06/18/donald-trumps-new-world-order>

a Netanyahu a buscar alianzas con líderes de la derecha radical europea, como Viktor Orbán.

El primer viaje internacional de Trump (a Arabia Saudí y, posteriormente, Israel y Europa) confirmó el viraje desde su campaña de 2016, en la que acusó reiteradamente a Riad de promocionar el fundamentalismo islámico, hacia una alineación plena con la Casa Saud. El beneficio más inmediato consistiría en el compromiso saudí de adquirir un inmenso volumen de sistemas de defensa estadounidenses a lo largo de la siguiente década. El apoyo de Washington a la decisión saudí, tomada en junio de 2017 –semanas después de la visita de Trump–, de señalar a Catar como un Estado promotor del terrorismo pese a que el emirato también acoge la sede de la Quinta Flota estadounidense, mostró un grado de alineamiento sorprendente con la agenda de Riad y Abu Dhabi. Muchos citan la visita como ‘patente de corso’ para Arabia Saudí y EAU. Los numerosos abusos del príncipe heredero Mohammed bin Salmán –siendo la más sonada su orden de asesinar al periodista saudí Jamal Khashoggi en el consulado de su país en Estambul– apenas han recibido respuesta por parte del ejecutivo estadounidense. Con todo, las acciones saudíes si han generado un rechazo creciente en el legislativo, especialmente tras la victoria demócrata en las elecciones legislativas de 2018. Así lo atestigua la resolución para acabar con la asistencia militar estadounidense a la campaña saudí en Yemen, que en abril logró aprobarse tanto en la Cámara de los representantes (con mayoría demócrata) como en el Senado (con el apoyo de siete

republicanos). La resolución fue posteriormente vetada por Trump, quien, pese a todo, ha terminado tomando distancia de bin Salmán, promoviendo un acercamiento a Catar en el seno del CCG y aceptando un deshielo relativo con Irán tras la dimisión de Bolton –movimiento que ha forzado a Riad a mostrar menos agresividad.

Israel, por su parte, también ha cosechado un apoyo desmesurado de Trump. La decisión de trasladar la embajada estadounidense de Tel Aviv a Jerusalén; la intención de desarticular UNRWA y el ninguneo de representantes diplomáticos palestinos (Oficina OLP en DC y Hanan Ashrawi); el reconocimiento de los Altos de Golán –arrebataados a Siria tras la guerra de los Seis Días– como territorio israelí y no territorio ocupado; y el más que probable visto bueno a una anexión de facto de porciones de territorio de Cisjordania muestra hasta qué punto Washington ha renunciado incluso a mantener una pátina de neutralidad que le permita ejercer como mediador entre Israel y Palestina. Se trata de otro frente en el que existe una diferencia cada vez mayor entre republicanos, reflexivamente pro-israelís, y el Partido Demócrata, cuya creciente ala izquierda adopta un discurso abiertamente crítico con los gobiernos de Netanyahu. Dentro del centro-izquierda, las diferencias también son considerables: los demócratas convencionales mantienen una posición apenas crítica respecto a los abusos de Israel, y en ocasiones hecho frente común con los republicanos para criminalizar a organizaciones críticas con Israel, como el movimiento de Boicot, Desinversiones y Sanciones

(BDS).¹² Trump, por su parte, ha enfriado su tradicional sintonía con el primer ministro Benjamín Netanyahu tras las elecciones del 9 de septiembre, en las que no logró imponerse sobre su principal rival, Benny Gantz, prolongando el impasse político que comenzó en abril, con una primera ronda de elecciones legislativas que no permitió la formación de un gobierno.

Este sesgo se manifiesta con especial claridad en el llamado “Acuerdo del Siglo”, que a efectos prácticos propone a los palestinos abandonar sus reivindicaciones históricas a cambio de una mayor inversión en la región, poco más que la ‘autonomía’ a las que ya les condenaba el Acuerdo de Camp David de 1979. A la espera de que el conjunto del plan se presente al público (si alguna vez ocurre), su enfoque –que parece diseñado para provocar un rechazo de los interlocutores palestinos, lo que permitiría al gobierno israelí acelerar su asimilación de Cisjordania so pretexto de que la negociación resultó imposible– ha explicitado la nula formación diplomática y mediadora de sus responsables: Kushner, perteneciente a una familia de especuladores inmobiliarios; y Jason Greenblatt, ex abogado de la Organización Trump. Una dificultad añadida para la posición palestina es el apoyo tácito al plan tanto de Arabia Saudí como de los EAU, lo que supone una

¹² Catie Edmonson, “Senate passes bill that rebukes Trump and Opposes Israel Boycott”, *The New York Times*, 5 de febrero de 2019, Disponible en: <https://www.nytimes.com/2019/02/05/us/politics/senate-middle-east-bill-bds.html>

fuente de presión para aceptar el acuerdo y un intento de revestirlo con una pátina de legitimidad.

En cuanto a las diferentes facciones que influyen en la toma de decisiones de Trump, a lo largo de su presidencia los llamados “adultos en la sala” –el secretario de Defensa James Mattis, el consejero de Seguridad Nacional H.R. McMaster y el jefe de gabinete John F. Kelly – encargados de moderar la conducta de Trump, se han visto desplazados por neoconservadores o fundamentalistas cristianos como el vicepresidente Mike Pence o el relevo de Mike Pompeo a Rex Tillerson como Secretario de Estado. En cualquier caso, la capacidad de los mencionados para permanecer en la administración parece obedecer más a su sintonía personal con Trump que al contenido de sus opiniones en política exterior, como muestra el despido de Bolton y la supervivencia de Pompeo, más plegable. La sustitución del Director de Inteligencia Nacional, Dan Coats, por un congresista afín a Trump señala otro paso en la misma dirección.

Irán, ¿tormenta perfecta?

Las tres variables descritas empujan hacia la confrontación entre EEUU e Irán. Aunque los impulsos aislacionistas de Trump le llevan a frenar a varios de sus asesores más agresivos, su rechazo al principal logro internacional de Obama condicionó, desde la campaña presidencial, la oposición frontal al tratado nuclear

firmado por Irán y el P5 +1, del que EEUU se retiró el 8 de mayo de 2018. Aunque el *establishment* de defensa se ha mostrado más cauto que el presidente y sus asesores, en el Pentágono perdura una hostilidad hacia el régimen de los ayatolás, enraizada en décadas de enfrentamientos armados entre ambos países. También los países de la región con los que la administración mantiene relaciones privilegiadas apuestan por una línea de confrontación: es el caso de Israel, EAU y Arabia Saudí, que en todo momento han dejado clara su oposición tanto al tratado nuclear con Irán como a la posibilidad de que Teherán desarrolle ningún tipo de acción exterior en la región. Determinación, por otra parte, que ha llevado a algunos países del Golfo a poner en marcha acciones disruptivas para la estabilidad regional siguiendo un modus operandi similar al que emplea Irán, y por el que acostumbran a señalar a Teherán como un Estado canalla (“rogue state”).

En el trasfondo late también la creciente rivalidad geopolítica entre Washington y Pekín. Gracias al *fracking*, EEUU apenas depende del petróleo del Golfo; China, que ve agravada su dependencia energética por el aumento en los precios del crudo, continúa adquiriendo crudo iraní, pero ha rebajado el volumen de sus compras, que actualmente se mantiene en torno a 209.000 barriles al día.¹³ La última ronda de sanciones estadounidense,

¹³ Sharon Cho y Alfred Cang, “China’s still taking Iran oil weeks after U.S toughens sanction”, *Bloomberg*, 26 de julio de 2019. Disponible en: <https://www.bloomberg.com/news/articles/2019-07-26/china-s-still-taking-iran-oil-weeks-after-u-s-toughens-sanction>

aprobada el 8 de mayo, busca asfixiar a la economía iraní, cuyas exportaciones de petróleo ya se han reducido un 50% desde el pico alcanzado tras la firma del acuerdo.

Más allá de forzar un cambio de régimen mediante el descontento social que generan las sanciones –objetivo que hoy no parece viable–, las opciones de EEUU son limitadas. Las instalaciones nucleares iraníes son capaces de resistir bombardeos conjuntos de EEUU e Israel, por lo que no existe una solución militar limpia –valga el oxímoron– al conflicto. La confrontación a ultranza con Irán ni siquiera cuenta con apoyo incondicional entre los aliados regionales de Trump. La posición saudí se ha debilitado tras los traspies recurrentes de sus dirigentes en los últimos años, como muestra la reciente retirada del despliegue de los EUA en el puerto yemení de Hodeida. A día de hoy, Riad parece más interesada en negociar la escalada de tensión con Teherán que en apoyar un choque militar liderado por EEUU.¹⁴

La estrategia de Trump, en la medida en que pueda considerarse como tal, consistiría en forzar la tensión con Irán al máximo, a la espera de concesiones o una propuesta de negociación, como sucedió con Corea del Norte. La diferencia es que Teherán no cuenta de partida con un arsenal nuclear que emplear como seguro a todo riesgo. Esta presión, por tanto, refuerza a los “halcones” del

¹⁴ Farnaz Fassihi y Ben Hubbard, “Saudi Arabia and Iran make quiet openings to head off war”, *The New York Times*, 4 de octubre de 2019. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2019/10/04/world/middleeast/saudi-arabia-iran-talks.html>

régimen iraní – el sector interesado en adquirir capacidad nuclear latente, suficiente para fabricar una bomba en un periodo de tiempo breve, pero sin cruzar ese umbral a menos que fuese necesario. En los cálculos estadounidenses, por otra parte, parece ser común confundir como fanatismo religioso la agenda de un país con una fuerte determinación nacionalista –un error similar al cometido con el comunismo y la teoría del dominó en la lucha contra el Viet Cong– y opuesta a la hegemonía impuesta por Washington en la región.¹⁵ La paradoja es que ese impulso nacionalista en la política exterior iraní también limita sus posibilidades de dominar una región refractaria a la influencia de Teherán.

Con todo, existen frentes donde puede aumentar la confrontación armada. Irán desarrolla una estrategia de defensa avanzada, apoyándose en fuerzas regionales afines –Hezbollah en Líbano, Hamás en Palestina, milicias chiitas en Irak. Quienes se oponen al acuerdo nuclear señalan esta actividad como muestra de la imposibilidad de confiar en Teherán –una posición que obvia el hecho de que el acuerdo exigía a Irán abandonar su programa nuclear¹⁶, no el ejercicio de una acción exterior determinada. El británico Christopher Ghika, vicecomandante de la fuerza internacional que combate al Estado Islámico, negó recientemente

¹⁵ Narges Bajoghli, “Trump’s Iran strategy will fail. Here’s why.”, *The New York Times*, 30 de junio de 2019. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2019/06/30/opinion/trump-iran-revolutionary-guards.html>

¹⁶Jesús A. Nuñez Villaverde, “Duelo Irán-EEUU”, *Política Exterior*, nº191 (septiembre-octubre 2019)

que los proxis iranís en Irak y Siria estuviesen atacando a fuerzas estadounidenses. Pero los ataques de Israel a las posiciones iranís en Siria, así como los sabotajes de petroleros en el estrecho de Ormuz o el reciente ataque con drones a las instalaciones de Saudi Aramco –atribuidos por EEUU y los países del Golfo a Irán–, muestran las formas en que se podrían dar nuevos choques militares con Teherán sin detonar un conflicto armado en suelo iraní.

Esta confrontación, por otra parte, también exagera la vulnerabilidad de Irak, que desde la guerra de 2003 ha quedado reducido a un “Estado tapón” (*buffer state*), con fuerte influencia de EEUU, Irán y las demás potencias regionales. Teherán puede buscar una ampliación de su presencia a través de sus redes de milicias y fuerzas políticas afines, además de su influencia económica y energética, en tanto que EEUU intenta red desplegar parte de sus tropas en Siria en Irak. La dinámica, en cualquier caso, difícilmente contribuirá a estabilizar el país ni a viabilizar la actual apuesta de Bagdad por una política exterior no-alineada.¹⁷ Con todo, el principal reto del país continúa ligado a los problemas económicos y de corrupción que han desembocado en una crisis de legitimidad y nuevas oleadas de protestas sociales, fuertemente reprimidas (la cifra de muertos en el momento en que este escrito fue editado supera la centena).

¹⁷ Al Monitor, “Traps abound as Iraq charts independent course based on “national vision”, *Al Monitor*, 12 de Julio 2019. Disponible en: <https://linkst.al-monitor.com/view/59e67f543f92a41ffcf1faa7aejwa.q0y/f182f064>

En sus casi tres años al frente de EEUU, Trump no ha sido capaz de formular una doctrina de política exterior coherente. Una limitación que contrasta con la de sus predecesores republicanos en la administración de George W. Bush, cuyas acciones fueron considerablemente más devastadoras para la región. A un año de las elecciones presidenciales, parece poco probable que el presidente se decante por ningún tipo de confrontación militar con Irán, lo que pondría en entredicho su promesa de no llevar a cabo una política exterior intervencionista y empujaría a la economía global hacia una recesión brusca. En última instancia, la propia descoordinación de la administración Trump, a menudo criticada como síntoma de que EEUU está cediendo su liderazgo global, tal vez haya servido para evitar un desenlace más destructivo de los conflictos regionales que acumulan tensión. Al menos en el corto plazo.

Las Notas de Prospectiva son análisis breves que alertan sobre cambios sociales, políticos o económicos, que están teniendo lugar bajo la superficie de los acontecimientos; cambios susceptibles de afectar a la acción exterior de España y/o la Unión Europea.



www.fundacionalternativas.org